

## Insomnio

JUAN BAUTISTA ALFARO ROJAS

No era aún la medianoche; sin embargo, el viejo reloj que sonaba mañana tras mañana en aquella insípida rutina, demostraba que el día era viejo y que muy pronto en el más humano de los fenómenos, éste caducaría.

Siempre había anhelado experimentar la realidad dentro de una pesadilla en la cual, al despertar, se desvaneciera la tribulación. Aquella noche, cansada del insoportable achaque que la había estado torturando por más de dos meses y coaccionada por la ansiedad, recurrió al calmante, el único que quedaba en la despensa. Ingirió sin medida lo que aquel frasco contenía y sumergida en su solitaria realidad, abrazó el viejo almohadón, el mismo que había estado estrechando noche a noche desde aquellos días. Mientras tanto, una lágrima dejaba rastros de rímel barato por su mejilla. Sentía que su alma se desangraba.

No se percató del viento helado que se deslizaba por las rendijas, tan solo pudo asimilar la longitud de aquella falda y extendiendo el saco gris de oficina, se confortó.

El calmante hizo su trabajo. Ahora lágrimas negras yacían sobre la cabecera delineando con vasta sutileza la mejor réplica del manto de la Verónica.

La actividad nocturna, poco a poco fue decayendo. Cada vez pasaban menos carros por aquellos rincones. Uno a uno se escuchaba el paso de tacones altos. Poco tiempo después eran dos los cigarros encendidos. Dos las enmascaradas voces masculinas que conversaban sobre los peligros del oficio. Dos las miradas indiscretas desde el Honda. Dos los portazos. Un acelerador. Y ahora no había ni voces ni olor a cigarro, solo un par de transeúntes que regresaban de la Universidad, libros bajo el brazo y paso apresurado, inspirado en el asalto del viernes.

La calle estaba despejada semejante al cielo. El viento soplaba sin reparo y aquel libertinaje había logrado disminuir la temperatura considerablemente.

Parecía que aquel saco gris se achicaba y su protección se volvía despreciable. No alcanzaba para cubrir tanto las piernas como los brazos; sin embargo, a duras penas lo sentía. Había sobrellevado sensaciones peores. Había experimentado

el verdadero dolor, el que duele por dentro, el que no se apiada del débil ni del pobre; el inclemente, el verdugo. Ahora no sentía nada; era inmune al frío y al calor.

La noche tiene voz hermosa. Es fría e indiferente. Solitaria y egocéntrica. Habla a quien la consulta. Ignora a quien le desea el bien. Sin embargo, conforta al desamparado y se compadece del incomunicado. La noche es oscura. Unos le temen, otros la aman y pocos la contemplan.

Aquella noche, los contemplativos admiraban en el cielo azul la más bella de las sonrisas: el cuarto creciente. Mientras tanto, el viento corría frío y sin medida trayendo de la lejanía sonidos inaudibles que regalaba por cada rincón de la alameda.

A pesar de la distancia, se podía percibir un paso apresurado, cuyo ritmo e intensidad eran progresivos. Era tembloroso, desesperado e insoportable. Poco tiempo después la lejanía sufrió metamorfosis, ahora estaban cerca, cada vez más cerca que el paso anterior.

Repentinamente, el sonido de pasos se convirtió en golpes; retumbantes, imprudentes e iracundos golpes. Una fuerza brutal, egoísta y prepotente era la emisora. La vieja puerta no se resistió al dolor, en el séptimo golpe se desmoronó y allí justo en el suelo miró la fuerza y exhaló.

Ella aún estaba allí, en el viejo catre, con el saco gris sobre las piernas, los brazos enlazados y su cabeza sobre la almohada, la que había abrazado desde aquel día.

Al escuchar el violento altercado entre la puerta y la fuerza, despertó. Levantó la cabeza, vio la fuerza dentro de la casa, e inmediatamente se congeló. Su voz no salía, las lágrimas se escondían y los vellos se erizaban. Quedó cual Cristo, atada de pies y manos, sostenida por el miedo.

Dicen que el miedo es la respuesta natural a lo que se desconoce; no obstante, aquel miedo que la estrangulaba y la estrechaba contra su realidad, era provocado por alguien bien conocido. Lo conocía más que a su historia.

La fuerza se acercó y ahora estaba en los dinteles de aquel remedo de habitación. La observaba sumida en la desesperanza. Se mofaba de su respiración, el más agitado de los jadeos, parecían gemidos del alma. Ella no se podía mover, no lloraba, solo sentía el pánico.

La fuerza gritó palabras que ella no entendía. Gritó definiciones de egoísmo basadas en su experiencia. Gritó hasta más no poder. Gritó hasta que el tufo a guaro abarcó toda la estancia. Gritó hasta que la vieja madera que constituía las paredes se escalofrió.

De repente, aquella fuerza brutal se convirtió en una proyección del mismo infierno. Alimentada por la esencia de su egoísmo, se abalanzó sobre aquella enclenque mujer. La poseyó, se satisfizo y casi la acabó.

Ella no se resistió y en el último de los golpes se desmoronó. Su alma se desintegró, y voló con el viento, voló cual gaviota que planea con sus alas la poética inmensidad. Voló tratando de encontrar la libertad. Voló hasta ser secuestrada por la realidad. Voló hasta despertar. Cayó al suelo, miró el reloj: no era la medianoche. Aquella madrugada iba a ser larga. Hace algunos minutos se había acabado el último calmante.